



CRISTINA

KILLOSTE YOWE

RAQUEL PADILLA RAMOS

La conocí en Cócorit en la primavera de 2006 un lunes de Cuaresma. Cristina estaba en el barrio yaqui del Konti en preparativos para las ceremonias. Era entonces una mujer de unos setenta y tantos años e inmediatamente me llamó la atención por su belleza: dos ojos grandes que parecían no tener fin y que portaban mirada de desconfianza ante esta *yori* advenediza, y una cabellera abundante, entrecana, larga y bien trenzada que semiocultaba bajo un rebozo.

En esa ocasión, había varios yaquis levantando una ramada y otros recostados en el suelo, esperando a que la hora yaqui diera la señal. La hora yaqui es el tiempo medido a la usanza yaqui. Se calibra por la salida del sol, por el canto del gallo o por el astro rey en el cenit. Luego entonces, el resonar de su tambor no está marcado por las obsesivas manecillas de un reloj, aunque en nuestras palabras occidentales esto pueda llamarse impuntualidad.

Cristina estaba acompañada por Imelda, una señora de mirada interesante que nació en 1937, según me dijo. Ambas estaban sentadas, yo de pie. Yo estaba haciendo investigación para mi tesis doctoral y de una manera muy amplia, les dije que me interesaba conocer sobre la historia de sus abuelos, de sus padres y de los yaquis que se llevaron deportados

para otros lados. Ellas estuvieron de acuerdo. Durante el tiempo que duró nuestra conversación, Cristina sonreía mucho y hasta se carcajeaba, pero siempre se tapaba la boca con el rebozo. Imelda fue más mesurada y no habló.

Además de narrar generalidades sobre la forma como su mamá vivió y sufrió la deportación a Yucatán, Cristina me contó que "eran muchos a los que agarraron y se llevaron, hombres no agarraron, puras mujeres. A los hombres los mataban[...]" Con esta aseveración, repetía como dogma la creencia de que el ejército mataba a los hombres y sólo deportaba a las mujeres, aun cuando después expresó enunciados que contradecían esta especie. ¿Sería confusión de la memoria o un truco para dar fuerza a su relato?

Después, Cristina recordó a una familia de Tórim que guardaba fotos y cartas del exilio. Acordamos vernos el miércoles siguiente para ir a visitar a esa familia, pero no acudió a la cita. *Me la aplicó*, como suelen hacer los yaquis ante los extraños, los intrusos, los preguntones. Azares del destino me llevarían después a conocer y amistar profundamente con esa familia.

Por voz de su madre, Cristina aprendió que la Sierra (del Bacatete) fue el refugio

de los yaquis y que aún allí los persiguió y capturó el ejército: "Mi mamá nació en la Sierra y por ahí la agarraron los soldados y se la llevaron a México. No tenía hijos, cargaba a sus sobrinos chiquitos. Le ayudaba a cargar a su hermano [que] también lo agarraron."

En esos minutos de charla, Cristina me abrió su corazón porque me habló sobre dolorosos temas, y así como sonreía, sus ojos lóbregos también se humedecían por la hondura de los recuerdos familiares. No la volví a ver hasta que Juan Rodríguez llegó a mi vida durante una breve temporada laboral que tuve en Texas, y me contaba sobre su familia, sus amigos, su vida ritual como matachín y chapayeka en el barrio del Konti de Cócorit, Río Yaqui, y sobre su nina (madrina) Cristina. Hasta ahí yo no caía en cuenta.

Nuestra primera fiesta patronal juntos fue la de la Virgen del Camino en Loma de Bácum en el año 2014. Allí estaba ella, bella, bien plantada, sonriente, apoyando al pueblo de Cócorit en su visita ritual a Nuestra Señora. Juan me la presentó y ella inspeccionó de pies a cabeza mi vestimenta a la usanza yaqui. No llevaba rebozo. Error. Pero Cristina fue amable conmigo pese a que no recordó mi cara ni nuestra conversación de años atrás, yo como antropóloga, ella como conversadora (odio llamar a mis colaboradores "entrevistados" o peor aún, "informantes").

Nos volvimos a ver varias veces y ella me platicaba orgullosamente sobre su ahijado Juan: "toca muy bien" o "ahí donde lo ves, es danzante de matachín". Luego coincidimos en el barrio del Konti cuando en representación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, atendí una denuncia por un siniestro presentado en el templo del Espíritu Santo de Cócorit, el cual acabó con una imagen de la Virgen. Recuerdo haber visto a una Cristina que no cabía en sí de tanto dolor.

Con la ayuda de la Hist. Zulema Bujanda, investigadora contratada del proyecto

Las misiones de Sonora bajo mi responsabilidad, dimos inicio al trabajo de catalogación de los bienes muebles históricos del recinto religioso yaqui de Cócorit, labor en la que Cristina apoyó notoriamente. En total catalogamos 17 piezas entre imágenes de bulto, accesorios y objetos litúrgicos.

Por su amplio conocimiento en materia religiosa y en el cuidado de los objetos que pertenecen al templo de lo que fuera la antigua misión del Espíritu Santo, la presencia y trabajo de Cristina, así como de otras mujeres yaquis (*killostes* y *tenanchis*) fue imprescindible. El INAH, acostumbrado a allegarse el apoyo de asociaciones, patronatos y juntas vecinales para la salvaguarda del patrimonio cultural, en esta ocasión se convirtió en la instancia coadyuvante, gracias al conocimiento de estas mujeres, y su acertado manejo sobre los bienes eclesiásticos.

El 12 de julio del año 2016, apenas unos días después de la fiesta del Camino, falleció Cristina, la yaqui más bella que he conocido, y también la más sonriente. Cristina, la nina de mi querido Juan y de la cautivadora Giapsy, una hermosa *tenanchi* de la iglesia del Konti. Murió Cristina, la mujer que sabía secretos y verdades, y de respeto profundo al servicio y la *luuturia* yaqui, es decir, la cultura de este digno pueblo. Murió Cristina Gotobopicio, la *killoste yowe* de Cócorit, pero mucho de ella permanece en quienes la tratamos. Descansa en paz Cristina en el mundo de las flores.

